



Qué libro más prefiero

B. C. tomo X

De vez en cuando recibimos los que hemos logrado una cierta notoriedad en las letras, las artes u otra actividad social cualquiera, mos interrogatorios en que se nos pregunta lo que nos parece de esto y de lo otro y de lo de más allá. De ordinario, los tales interrogatorios suelen ser estupendos, tan estupendos como la serie de preguntas que trae aparejada un «interviewador»—paradme la palabreja—cuando viene a someternos al tormento de su función.

Eso de que se le dirijan preguntas a un hombre que está hablando de continuo, a un publicista periódico, no me parece muy puesto en razón.

Las preguntas se le deben dirigir al que calla y se obstina en callarse. Ya sé que ello responde a que hay sujetos que se empeñan en que les digamos, no lo que les decimos, sino lo que ellos quieren que se les diga, y que hablemos, no de lo que hablamos, sino de lo que ellos quieren que se hable. Mas, mis deberes para con el público—y los siento muy vivamente—me obligan a decirle, no lo que él cree que le debo decir, sino lo que yo creo deber decirsele. La primera condición para no perder prestigio y autoridad ante el público es no rendirse a él. Por mi parte no resisto a los escritores que me dicen lo que yo pienso, pues para tanto me basto yo. Y aún me sobro.

Hace pocos días se me ha dirigido uno de esos interrogatorios, en el que se me pregunta cuál de mis libros prefiero. Y he contestado que eso es como preguntarle a un padre de varios hijos a cuál de éstos quiere más. Si tiene preferencia por alguno, lo callará, por pudor y porque de ordinario los motivos de tales predilecciones son inconstables. Hay quien quiere más al hijo que cree que más se le parece.

¿Que no se puede asimilar los hijos del espíritu a los hijos de la carne? Según quién, cómo y cuándo. ¡Un literato, un mero literato, tal vez no! ¡Un hombre que escribe libros, sí! Y yo me creo más un hombre que escribe libros—y artículos—que no un literato. Y creo poder decir al lector de cada uno de mis libros, lo que Walt Whitman decía al de los suyos: «No estás tocando un libro; estás tocando un hombre». O cosa así, pues no he podido encontrar el texto original, y no es cosa de que difiera el escribir estas líneas hasta haberlo encontrado. He puesto en cada uno de mis escritos el alma de que vivía al escribirlo. Y no he escrito nunca—¡loado sea Dios por ello!—ningún libro de

texto ni eso que se llama libro de consulta. No, no quiero ser fuera de mi cátedra un catedrático, sino un hombre. Y como nada de nuevo tengo que decir en las disciplinas que oficialmente explico, no quiero rebajarme a la degradación de ser autor de un libro de texto. Es una de las industrias más despreciables.

Aunque tuviera preferencia por alguno de mis hijos espirituales, por alguno de mis libros, no la declararía. Porque se parezcan más o menos a mí no puede ser, pues todos ellos son de generación partenogénica, no tienen madre y como son sólo míos, sólo a mí pueden parecerse. Unos a uno de mis yos, otros a otro, ya que cada uno de nosotros es una procesión de yos sucesivos, a las veces discordantes y contradictorios.

Otro motivo de preferencia suele ser el trabajo que ha costado criarlos y educarlos. Es frecuente que los padres muestren preferencia por el hijo más desvalido, por el más desgraciado, por el que más necesita de sus cuidados. Los que saben valerse por sí mismos allá ellos que se las hayan. Y así podría yo decir que me es predilecto tal de mis hijos espirituales que acaso por ser muy íntimo y muy personal no ha logrado favor del público que me lee.

Se dice que Cervantes prefería su «Persiles y Sigismunda» al «Quijote». Yo lo dudo mucho. Lo que habría es que le molestaría, y lo comprendo, el que se le llamara el autor del «Quijote», como si no hubiese escrito otra cosa.

A todo el que ha dado al mundo varios hijos espirituales, si éstos lo son de veras, le molesta y hastía el que le saquen de continuo uno de ellos como para hacer con él sombra a los demás.

Ocurre también que unos de nuestros hijos tienen mejores padrinos que los otros ¡los pobrecillos! Se dice que nadie se engaña más respecto al valor relativo de varias obras de un mismo autor que el autor mismo, pero yo creo que se equivoca más a tal respecto el público contemporáneo. Y hace bien el autor en apelar de ese juicio comparativo de sus contemporáneos ante la posteridad. La posteridad, que según la admirable frase de Gounod, es una superposición de minorías.

Yo sé positivamente que si de aquí a quinientos o siquiera a cincuenta años se me sigue leyendo, se dará muy poco aprecio a escritos míos que al ser publicados causaron cierta sensación y en cambio se apreciará más otros muchos que pasaron, al publicarse,



4-57

casi inadvertidos. Esto, que es de clavo pasado para todo autor algo duradero, tengo razones para creer que ha de ocurrir con mis producciones en mayor grado aún que con las de otros.

Porque esto ocurre con todo lo que es vivo. Entre mis escritos hay unos que son hijos naturales de mi espíritu, engendrados por mí, con la carne y la sangre de mi alma, y otros, no menos hijos, pero adoptivos. Son pobres ideas incluseras, expósitás, sin padre conocido, que he encontrado por ahí vagando al azar por las calles y plazas, y compadecido de ellas las he recogido, las he alimentado y calentado, las he vestido y las he dado mi nombre. Son hijas espirituales mías, sin duda, pues hijo no es tanto aquel que engendramos cuanto aquel que criamos y colocamos en el lugar que en el mundo le corresponde. En rigor es mucho más difícil criar y educar una idea y hacerla útil para los demás que engendrarla, pero el caso es que se quiere más a la que se engendró.

Y esas ideas incluseras y expósitás, hospicianas que prohibí y crié y a las que di mi nombre, son mejor recibidas de mi público de hoy, de mi público contemporáneo, que esas otras que son más propiamente mías. Es natural; reconocen en ellas a sus hijas. Las ideas incluseras, los lugares comunes, son hijas del sentido común, es decir, de todos y de cualquiera, son—me permitiréis que lo diga?—hijas de mala madre, y sus padres de un momento las reconocen por tías, mientras que las otras, las hijas del sentido propio, no del común, son las que los necios—cuyo número es infinito—llaman paradojas.

Pero siempre he puesto un exquisito cuidado en permitir la menor entrada posible en mis libros, en los escritos que deseo hacer más permanentes y duraderos, a esas ideas incluseras, a esas desgraciadas hijas del sentido común. En estos otros escritos voladeros, que son como la caballería ligera de los otros, es inevitable servirse alguna que otra vez de ellas. Aunque no sean sino para que pugnen con las propias y por contraste hagan resaltar la singularidad de éstas. Todo hombre que dé ideas de su carne y de su sangre, hijas de su sentido propio, es decir, paradojas, conviene que las mezcle con lugares comunes. Y por otra parte la paradoja de hoy es el lugar común de mañana.

Miguel de Unamuno.



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.SUALES